



H. P. Lovecraft
Una Semblanza
Del Doctor
Johnson

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

UNA SEMBLANZA DEL DOCTOR JOHNSON

H. P. LOVECRAFT

**PUBLICADO: 1917
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

TRADUCCIÓN PROPIA DE ELEJANDRÍA

UNA SEMBLANZA DEL DOCTOR JOHNSON

El Privilegio de la Reminiscencia, por farragoso o tedioso que sea, se concede generalmente a los más ancianos; de hecho, es frecuentemente por medio de tales Recuerdos como los oscuros sucesos de la Historia, y las anécdotas menores de los Grandes, se transmiten a la Posteridad.

A pesar de que muchos de mis lectores han observado y comentado a veces una especie de flujo antiguo en mi estilo de escritura, me ha complacido pasar entre los miembros de esta generación como un hombre joven, dando la ficción de que nací en 1890, en América. Ahora, sin embargo, estoy resuelto a despojarme de un Secreto que hasta ahora he guardado por temor a la Incredulidad; y a impartir al Público un verdadero conocimiento de mis largos años, con el fin de gratificar su gusto por la Información auténtica de una Época con cuyos Personajes famosos estuve en Términos familiares. Sepa, pues, que nací en la finca familiar de Devonshire el 10 de agosto de 1690 (o, según el nuevo estilo gregoriano de cálculo, el 20 de agosto), por lo que ahora cumplo 228 años. Al llegar pronto a Londres, vi de niño a muchos de los hombres célebres del reinado del rey Guillermo, incluido el llorado señor Dryden, que se sentaba mucho en las mesas del Will's Coffee-House. Más tarde llegué a conocer muy bien al Sr. Addison y al Dr. Swift, y fui aún más amigo del Sr. Pope, a quien conocí y respeté hasta el día de su muerte. Pero como es de mi más reciente socio, el difunto Dr. Johnson, de quien deseo escribir en este momento, pasaré por alto mi juventud por el momento.

Conocí al Doctor en mayo de 1738, aunque en aquel momento no lo conocí. El Sr. Pope acababa de terminar el Epílogo de sus Sátiras (el fragmento que comienza: "No dos veces al mes aparecéis en la imprenta"), y había dispuesto su publicación. El mismo día en que apareció, se publicó también una Sátira a Imitación de Juvenal, titulada "Londres", por el entonces desconocido Johnson; y esto impresionó tanto a la Ciudad, que muchos Caballeros de Gusto declararon que era Obra de un Poeta mayor que el Sr. Pope. A pesar de lo que algunos detractores han dicho acerca de los celos mezquinos del Sr. Pope, él elogió no poco los versos de su nuevo rival; y habiendo sabido a través del Sr. Richardson quién era el poeta, me dijo que el Sr. Johnson pronto sería detenido.

No conocí personalmente al Doctor hasta 1763, cuando me lo presentó en la Taberna Mitre el Sr. James Boswell, un joven escocés de excelente familia y gran erudición, pero poco ingenio, cuyas efusiones métricas había revisado en ocasiones.

El Dr. Johnson, tal como yo lo vi, era un hombre corpulento y pechugón, muy mal vestido y de aspecto desaliñado. Recuerdo que llevaba una peluca tupida, desatada y sin polvos, demasiado pequeña para su cabeza. Sus ropas eran de color marrón oxidado, muy arrugadas y le faltaba más de un botón. Su Cara, demasiado llena para ser bonita, estaba igualmente estropeada por los Efectos de algún Desorden escrofuloso; y su Cabeza estaba continuamente rodando de una manera convulsiva. De esta enfermedad, por cierto, yo ya tenía conocimiento, pues había oído hablar de ella al señor Pope, quien se tomó la molestia de hacer averiguaciones particulares.

Siendo casi setenta y tres, diecinueve años mayor que el Dr. Johnson (digo Doctor, aunque su título no llegó hasta dos años después), naturalmente esperaba que tuviera cierta consideración por mi edad; y por lo tanto no le tenía ese temor que otros confesaban. Cuando le pregunté qué pensaba de mi favorable nota sobre su diccionario en *The Londoner*, mi periódico, me dijo: Señor, no recuerdo haber leído su artículo, y no me interesan mucho las opiniones de la parte menos reflexiva de la humanidad". Siendo más que un poco picado por la Incivilidad de alguien cuya Celebridad me hizo solícito de su Aprobación, me aventuré a desquitarme de la misma manera, y le dije, que estaba sorprendido de que un Hombre de Sentido juzgara el Pensamiento de alguien cuyas Producciones admitió nunca haber leído. "¿Por qué, señor?", replicó Johnson, "no necesito familiarizarme con los es-

critos de un hombre para estimar la superficialidad de sus logros, cuando él la desvirtúa claramente por su afán de mencionar sus propias producciones en la primera pregunta que me hace". Habiéndonos hecho amigos, conversamos sobre muchos asuntos. Cuando, para estar de acuerdo con él, dije que desconfiaba de la autenticidad de los poemas de Ossian, el Sr. Johnson dijo: "Eso, señor, no honra su entendimiento; porque lo que toda la ciudad sabe, no es un gran descubrimiento para un crítico de la calle. Bien podría decir que tiene la firme sospecha de que Milton escribió El paraíso perdido".

A partir de entonces vi a Johnson con mucha frecuencia, sobre todo en las reuniones del CLUB LITERARIO, fundado al año siguiente por el doctor, junto con Mr. Burke, el orador parlamentario, Mr. Langton, hombre piadoso y capitán de la milicia, Sir J. Reynolds, el conocido pintor, el Dr. Goldsmith, escritor de prosa y poesía, el Dr. Nugent, suegro del Sr. Burke, Sir John Hawkins, el Sr. Anthony Charmier y yo mismo. Nos reuníamos generalmente a las siete de la tarde, una vez a la semana, en el Turk's-Head, en Gerrard-Street, Soho, hasta que esa taberna fue vendida y convertida en una vivienda privada; después de lo cual trasladamos sucesivamente nuestras reuniones a Prince's en Sackville-Street, Le Tellier's en Dover-Street, y Parsloe's y The Thatched House en St. James's-Street. En estas reuniones conservamos un notable grado de amistad y tranquilidad, que contrasta muy favorablemente con algunas de las disensiones y disturbios que observo en las asociaciones literarias y de aficionados a la prensa de hoy en día. Esta tranquilidad era tanto más notable cuanto que entre nosotros había caballeros de opiniones muy opuestas. El Dr. Johnson y yo, al igual que muchos otros, éramos conservadores; mientras que el Sr. Burke era whig, y estaba en contra de la guerra de los Estados Unidos; muchos de sus discursos sobre este tema habían sido ampliamente publicados. El Miembro menos simpático era uno de los Fundadores, Sir John Hawkins, quien desde entonces ha escrito muchas tergiversaciones de nuestra Sociedad. Sir John, un Miembro excéntrico, se negó una vez a pagar su parte de la Cuenta para la Cena, porque en su casa tenía la costumbre de no cenar. Más tarde insultó al Sr. Burke de una manera tan intolerable, que todos nos tomamos la molestia de mostrarle nuestra desaprobación. Sin embargo, nunca se enemistó abiertamente con el Doctor, y fue el albacea de su testamento, aunque el Sr. Boswell y otros tienen razones para cuestionar la autenticidad de su afecto. Otros miembros posteriores del CLUB fueron el Sr. David Garrick, actor y antiguo amigo del Dr. Johnson, los Sres. Tho. y Jos. Warton, el Dr. Adam

Smith, el Dr. Percy, autor de las Reliquias, el Sr. Edw. Gibbon, historiador, el Dr. Burney, músico, el Sr. Malone, crítico, y el Sr. Boswell. El Sr. Garrick sólo consiguió ser admitido con dificultad, pues el Doctor, a pesar de su gran amistad, no dejaba de criticar el teatro y todo lo relacionado con él. Johnson, de hecho, tenía la singular costumbre de hablar a favor de Davy cuando otros estaban en su contra, y de argumentar en su contra cuando otros estaban a su favor. No dudo de que amara sinceramente al Sr. Garrick, pues nunca se refirió a él como a Foote, que era un tipo muy tosco a pesar de su genio cómico. El Sr. Gibbon no era muy querido, pues tenía una odiosa manera de burlarse que ofendía incluso a aquellos de nosotros que más admirábamos sus producciones históricas. El Sr. Goldsmith, un hombrecillo muy vanidoso en el vestir y muy deficiente en la brillantez de su conversación, era mi favorito particular, ya que yo era igualmente incapaz de brillar en el discurso. Estaba muy celoso del Dr. Johnson, aunque lo apreciaba y respetaba. Recuerdo que una vez un extranjero, un alemán, creo, estaba en nuestra compañía; y que mientras Goldsmith hablaba, observó al Doctor preparándose para decir algo. Inconscientemente, viendo a Goldsmith como un mero estorbo comparado con un hombre más grande, el extranjero le interrumpió bruscamente e incurrió en su duradera hostilidad gritando: "¡Silencio, Doctor Johnson va a hablar!"

En esta luminosa compañía se me toleraba más por mi edad que por mi ingenio o mi erudición. Mi amistad con el célebre monsieur Voltaire fue siempre motivo de disgusto para el doctor, que era profundamente ortodoxo y solía decir del filósofo francés: "Vir est acerrimi Ingenii et paucarum Literarum".

El Sr. Boswell, un tipo un poco bromista a quien conocía desde hacía algún tiempo, solía burlarse de mis modales extravagantes y de mi peluca y ropa anticuadas. Una vez, llegando un poco decaído por el vino (al que era adicto), trató de burlarse de mí por medio de un Improvisado verso, escrito sobre la superficie de la mesa; pero careciendo de la ayuda que usualmente tenía en su composición, cometió un grave error gramatical. Le dije que no debía intentar pasquinar la Fuente de su Poesía. En otro momento Bozzy (como solíamos llamarle) se quejó de mi dureza con los nuevos escritores en los artículos que preparaba para la Revista Mensual. Dijo que empujaba a todos los aspirantes por las laderas del Parnaso. "Señor", le respondí, "se equivoca. Los que pierden su posición lo hacen por su propia falta de fuer-

za; pero deseando ocultar su debilidad, atribuyen la ausencia de éxito a la primera crítica que los menciona". Me alegra recordar que el Dr. Johnson me apoyó en este asunto.

El Dr. Johnson no tenía nada que envidiar a nadie en cuanto a las molestias que se tomaba para revisar los malos versos de otros; de hecho, se dice que en el libro de la pobre y ciega Sra. Williams apenas hay dos líneas que no sean del Doctor. En cierta ocasión, Johnson me recitó unos versos de un criado del duque de Leeds, que le habían hecho tanta gracia que se los había aprendido de memoria. Se refieren a la boda del duque, y se parecen tanto en calidad a la obra de otros poetas más recientes, que no puedo evitar copiarlas:

"Cuando el Duque de Leeds se case
Con una joven dama de gran calidad
Qué feliz será esa dama
en la buena compañía de Su Gracia de Leeds".

Le pregunté al Doctor si alguna vez había tratado de encontrarle sentido a esta pieza, y como me dijo que no, me divertí con la siguiente enmienda:

Cuando el galante LEEDS se case auspiciosamente
Con la virtuosa bella, de antiguo linaje,
Cómo debe la doncella regocijarse con orgullo consciente
De ganar tan gran esposo a su lado.

Al mostrárselo al Dr. Johnson, dijo: "Señor, has enderezado los pies, pero no has puesto ni ingenio ni poesía en las líneas".

Me complacería contar más de mis experiencias con el Dr. Johnson y su círculo de sabios, pero soy un hombre viejo y me fatigo con facilidad. Parece que divago sin mucha lógica ni continuidad cuando me esfuerzo por recordar el pasado, y me temo que no encuentro más que unos pocos incidentes que otros no hayan comentado antes. Si mis presentes Recuerdos fueran bien acogidos, más adelante podría contar algunas anécdotas de los viejos tiempos de los que soy el único superviviente. Recuerdo muchas cosas de Sam Johnson y de su Club, ya que seguí siendo miembro de este último mucho tiempo después de la muerte del Doctor, que lamenté sinceramente. Re-

cuerdo cómo John Burgoyne, el General, cuyas obras dramáticas y poéticas fueron impresas después de su muerte, fue rechazado por tres votos; probablemente debido a su desafortunada derrota en la Guerra Americana, en Saratoga. Pobre John. A su hijo le fue mejor, creo, y fue nombrado Barón. Pero estoy muy cansado. Soy viejo, muy viejo, y es hora de mi siesta vespertina.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB